



De lejos y a mi alrededor

Los jalonecitos del pantalón

Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO, 1996.- Por agosto de 1967, mi estimable Lucas me habló jubilosamente que había conseguido que el señor Gobernador me nombrara administrador de la primera Feria de su sexenio, cosa que le agradeci mucho, sintiéndome satisfecho y responsable.

Cuando por tercera vez administraba la Feria, en el 71, y con el fin de evitar suspicacias y entrara más dinero por concepto de arrendamientos, se me ocurrió poner en subasta tanto el casino como el palenque. Se presentaron diversos postores, entre ellos mi buen amigo Román, que ofreció 50 mil pesos por el casino, agregando al final de su oferta que en caso de que alguien ofreciera lo mismo, él subiría mil pesos más.

Estando así las cosas, fui a Palacio para poner en consideración de don Pablo lo referente a diversos asuntos, y entre éstos le mostré la carta de Román, la vío y me dijo: “Está bien, pero antes de resolverle ve a Lucas. Correcto, ¿por qué no lo mandas a buscar de una vez?” Y de inmediato habló a la Cámara de Diputados, que estaba en la planta baja del Palacio, y vino el que por entonces era el presidente del H. Congreso. Tan luego nos saludamos, le mostré la oferta y me dijo: “Yo ofrezco lo mismo”. Le hice notar de los mil pesos más, pero él argumentó sus razones y el Gobernador lo apoyó. “¿Y sobre el pago? Aquí Román ofrece de contado.” “Bueno, yo no tengo de momento todo el dinero, pero ahorita te entrego un cheque por 25 y el resto lo pago al final de la Feria”. El Gobernador asintió y yo anotando el acuerdo, me retiré.

Dos o tres días más, se supo quién era concesionario y Román, como una mera coincidencia, a quien le debía 100 mil pesos que gentilmente me los había prestado con el 1 por ciento, me notificó que de pronto le salió un negocio y urgido de dinero quería que el día de su vencimiento, que era la semana próxima, se los devolviera, y ante mis ruegos y súplicas, me concedió la gracia de seguir con los 100 mil pesos, siempre que le pagara 2 mil 500 mensuales, en lugar de los mil convenidos.

Se vino la Feria, fue una buena Feria, tanto los juegos como el palenque, el casino y los diversos puestos tuvieron muy buena concurrencia. Se llegó el día de la clausura y el desmantelamiento de las instalaciones que se ponían en la parte central y que eran a base de estructuras que nos facilitaba el Capife, y yo a pagar servicios y cobrar los pendientes. Ya para cerrar la liquidación que se entregaba a la prensa para

conocimiento de la ciudadanía, invité al licenciado Banda Benito, tesorero general del estado y tesorero de la Feria, para que me acompañara con el Gobernador para enseñarle una copia de la liquidación con los porcentajes a entregar a las distintas instituciones de servicio social y que diera su aprobación. Y así nos dirigimos una tarde a su casa.

Don Pablo nos recibió, le mostré el borrador de la liquidación, agregando que sólo había tres pendientes, el completo de la renta del casino, la cooperación del Ingenio de Quesería y el pago del servicio eléctrico que querían cobrar 3 mil 500, en lugar de los 3 mil pesos del año anterior, y don Pablo me contestó: Voy a hablar con el ingenio, para que te manden su aportación con el gerente de la CFE, para ver si es posible que te cobren lo mismo del año pasado, y sobre lo del casino creo que debes dejarlo en 25 mil, pues parece que les fue mal”. Yo le contesté: “No, Pablo, no le fue mal, al contrario, me da gusto que le fue muy bien”, y entonces el Gobernador insistió con lo mismo y fue entonces que yo, ante el dilema del agradecimiento a Lucas por haberme recomendado en el puesto de administrador y el de dar mejores resultados en las liquidaciones para satisfacción del mismo por haberme recomendado,



opté por esto: Así que volví a la carga, argumentando y enfatizando sobre la verdad, de que el casino había sido un buen negocio, etcétera, etcétera, y fue entonces cuando el señor Gobernador, un poco serio y molesto, insistía que había que dejar en 25 mil pesos la concesión del casino.

Y estábamos en eso cuando empecé a sentir jalonecitos de mi pantalón por debajo de la mesa, jalonecitos que me di cuenta me los estaba dando el licenciado Enrique, y hasta entonces comprendí y de inmediato cambié, contestándole a don Pablo: “Tienes razón, Pablo, ahorita estoy recapacitando, efectivamente le fue muy mal al negocio del casino”.

Terminada nuestra encomienda, el licenciado y yo nos despedimos del señor Gobernador y ya en la Calzada Galván, el tesorero Banda me dijo: “Don Carlos, a un Gobernador no se le debe alegar y menos negarle lo que él sugiera, pues desde el momento que es Gobernador del PRI se presume que no puede equivocarse, así es que no olvide que a los de arriba siempre debe darles el sí para tener éxito en el PRI”, frase que años después me recordó mi buen amigo Agustín Acosta Lagunes, gobernador del lindo estado de Veracruz.

* *Empresario, historiador y narrador.*



Llegó ella

José Carlos C. Juárez

Tres campanadas aulló la torrecilla, rasgó el silencio a las tres de la mañana y tres palomas agitaron el ensueño y un perro gris alertó que ella llegaba, estiró el cuello por encima de la vida que marchaba por las puertas de roble cansado.

Y marchó la sal desde los ojos de la viuda, y marchó el viento arrebatándole el rebozo, y marchó la flor con sus aromas fatigados, y cansó el andar e la carroza enmudecida.

Llegó callada, tres veladoras crepitaban sus plegarias ahogando la mirada humedecida de mi abuela, tres tres veces tres y llegó ella.

Y no escuché que el caracol ella soplara y ni un penacho coronaba el cráneo blanco y no cargaba la guadaña de estandarte y ni elegante vi un sombrero de ala ancha.

¿Dónde está entonces esa muerte garbancera?

No vi llegar la calavera de Posada ni petulante la Catrina de Rivera.

La Feria de Todos los Santos

(25 de marzo de 1979)



VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2518

DOMINGO 28 DE OCTUBRE DE 2018



Mural Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central, Diego Rivera.

ESCRIBEN: José María Lomelí, Norma Navarrete, Alberto Llanes, Marcela Gómez, Luis Enrique Araoz, Grace Licea, José Carlos Suárez, José de Jesús Medina y Carlos Caco Ceballos.

Rugidos literarios

Tardes de tedio e ingenio

José María Lomeli Pérez

Nos pasamos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un instante.

Oscar Wilde

Sibien el Siglo XVIII, Siglo de las Luces y de la Revolución industrial, colocó al Reino Unido de la Gran Bretaña como uno de los principales generadores de ideas y tecnología a nivel mundial; el Siglo XIX supuso su definición como la potencia dominante

con el establecimiento de la Pax Britannica, periodo comprendido entre 1815 y 1914, casi emparejado al reinado de la reina Victoria, época mejor conocida como victoriana, enmarcado entre el 20 de junio de 1837 y el 22 de enero de 1901.

Sin embargo, contrario a lo que pudiéramos esperar de una nación floreciente, la sociedad victoriana fue una especialmente caracterizada por ocultar muy bien bajo su elegante disfraz de conservadurismo, rectitud y decencia su marcada división de clases, su mojigato puritanismo religioso, la minimización de la mujer y una más que evidente represión sexual.

No obstante los esfuerzos por mantener esta fachada de *normalidad* hacia el exterior, tales divisiones sociales y represión de comportamiento sexual no tardaron en engendrar sus monstruos: hambre, miseria, explotación infantil, prostitución, adulterio, asesinatos... siendo una de las caras más famosas de los mismos la del famoso asesino Jack el Destripador, cuya identidad paradójicamente desconocemos hasta nuestros días.

Nacido en Dublín, Irlanda, un 16 de octubre de 1854, al refinado y agudo escritor y dramaturgo Oscar Wilde le tocó abrirse paso en ese complicado mundo. Consciente desde muy joven de su homosexualidad, así como de las severas medidas que se les aplicaban a todos aquellos que se atrevieran a ejer-

cerla libremente, por considerarla ofensiva, Wilde se ocupó de buscar una esposa con la cual pudiera encubrir su verdadera personalidad. Finalmente la encontraría en Constance Lloyd, hija de Horace Lloyd, un importante consejero de la reina, durante los primeros años de la década de 1880.

Acorde a las costumbres de la época, formalizaría su relación con Constance en 1884, manteniendo con ella una relación en apariencia convencional, fingiendo en público ser un hombre heterosexual, mientras que en secreto continuaría frecuentando círculos homosexuales.

Visto a la luz de ese contradictorio entorno, resulta fácil deducir que su característico, crítico y muy fino sentido del humor fuera el arma que esgrimiera tan elegantemente hacia aquella hipócrita y moralina sociedad inglesa de mediados del Siglo XIX.

No obstante ello, tampoco resulta difícil imaginar a un Wilde buscando la inspiración en entornos más amigables, frecuentando a sus amigos más íntimos, con los cuales pudiera sentirse libre de ser verdaderamente él, cansado y aburrido de participar en aquel absurdo juego de apariencias.

El escritor británico Heskett Pearson recoge en su libro *Vida de Oscar Wilde (Life of Oscar Wilde, 1946)* un interesante pasaje en el cual rescata el momento preciso en el que Wilde recibe la providencial visión que dará origen a una de sus obras más famosas: *El retrato de Dorian Gray*.

Señala Pearson que durante una tarde de 1884, el mismo año de su matrimonio: Wilde solía visitar el estudio de un pintor amigo, Basil Ward, que convivía entre sus modelos a un joven de belleza excepcional... Cuando el cuadro quedó concluido, y el muchacho se había marchado, Wilde exclamó: “Qué lastima que una criatura de hermosa tan extraordinaria llegue a envejecer”. El artista asintió, añadiendo: “Sería maravilloso si él permaneciese exactamente como está ahora, y fuese el retrato el que envejeciera y se marchitase”.

Aquellos afortunados comentarios rendirían frutos más tarde, en 1890, año en que la novela, enmarcada en el género del terror gótico, ve por primera vez la luz en la revista mensual *Lippincott’s*. Obra en la que además rendiría un agradecido homenaje a su amigo, haciéndolo aparecer bajo el nombre de Basil Hallward, el retratista mismo de Dorian Gray.



Escondite

Norma Navarrete

¿En dónde se esconde la noche cuando duermen las palomas en sus nidos? Saldré a investigar en un día lluvioso, con un vestido azul

Hecho de sueños reciclados.

La mano en la frente, haciendo a un lado las gotas de lluvia,

Como si mis dedos fueran remos.

Las heridas no importan más.

Ha salido a bailar mi canción de luciérnaga, En medio el vacío, columpiándose.

Las palabras laten sonriendo porque no tienen más.

Las escribo como niñas felices, saltando, escuchan grillos.

Cantan una vieja palabra que nadie escribe. Solo el viento, alumbrando un relámpago

Con su tono eléctrico, aturdiéndonos todo.

Caminando en una calle, con los ríos de lluvia bajo mis pies.

Las gotas de agua se escuchan como suspiros.

Limpian mi pesadez de esta tarde.

Me otorgaron alas cerca del ocaso para que no me rindiera al día

Y saliera a difundir lo no dicho, en un barco de papel celofán.

Saludando a todos los animales indefensos Y a los niños que gritan.

En la historia del arte...

Ágora

28 de Octubre

1958.- El escritor soviético Boris Pasternak recibió el Premio Nobel de Literatura, básicamente tras la publicación de su egregia novela, *Doctor Zhivago*, en italiano. Sin embargo, fue ampliamente conocido en Rusia como poeta.

1999.- El poeta Rafael Alberti murió en el Puerto de Santa María, Cádiz, España. Reconocido miembro de la Generación del 27, es considerado uno de los mayores escritores de la llamada Edad de Plata de la literatura española.

En su obra poética se distinguen cinco momentos: neopopularismo, gongorismo, surrealismo, poesía política y poesía de la nostalgia. Algunos de sus títulos: *Marinero en tierra*, 1925 (Premio Nacional de Literatura);

La amante, 1926; *Sobre los ángeles*, 1929; *Versos de agitación*, 1935; *Plena mar*, 1944; *Balada y canciones del Paraná*, 1954; *Versos sueltos de cada día*, 1982.



Mujer leyendo, obra del pintor francés Henri Matisse.

30 de Octubre

1910.- Nació Miguel Hernández, un poeta y dramaturgo de especial relevancia en la literatura española del siglo XX. Aunque tradicionalmente se le ha encuadrado en la generación del 36, Hernández mantuvo una mayor

proximidad con la generación anterior hasta el punto de ser considerado por Dámaso Alonso como “genial epígono de la generación del 27”. Títulos de su obra poética: Perito en lunas (1933), *El rayo que no cesa* (1936), *Viento del pueblo* (1937), *Cancionero y romancero de ausencias* (1938–1941) y *El hombre acecha* (1981, recuperado de facsímil de la primera edición de 1939).

1989.- Murió Pedro Vargas, tenor y actor mexicano. A pesar de su preparación operística, se dedicó al canto popular, alcanzando reconocimiento internacional, además de ser uno de los principales intérpretes de Agustín Lara.

Se le conoció con los sobrenombres de *El ruiseñor de las Américas*, *El tenor continental* y *El Samurái de la Canción*. Como actor, formó parte de la Época de Oro del Cine Mexicano, participando en más de 70 películas.

31 de Octubre

1945.- Falleció Ignacio Zuloaga, *El gran vasco*, uno de los más importantes pintores españoles de finales del Siglo XIX y principios de XX, fundamentalmente conocido por sus cuadros costumbristas y retratos.

1993.- Murió Federico Fellini, un gran director de cine y guionista italiano, universalmente considerado como uno de los principales protagonistas de la historia del cine mundial. Ganador de cuatro premios

Oscar por mejor película extranjera, en 1993 fue galardonado con un Óscar honorífico por su carrera. Durante casi cuatro décadas – desde *El jefe que blanco* en 1952, *La Dolce Vita* en 1960 y *Boccaccio 70* en 1962, hasta *La voz de la luna* en 1990– y dos docenas de películas

Fellini realizó un retrato de una pequeña multitud de personajes memorables. Decía de sí mismo que era “un artesano que no tiene nada que decir, pero sabe cómo decirlo”.

3 de Noviembre

1931.- Murió Juan Zorrilla San Martín, poeta, ensayista, periodista, docente y diplomático uruguayo. Entre sus publicaciones figuran *Imposible*, *Siempre vivas*, *Himno al árbol*, *Resonancia del camino* (1896) y *El sermón de la paz* (1924).

1954.- Falleció Henri Matisse, un pintor francés conocido por su uso del color y por su uso original y fluido del dibujo. Como dibujante, grabador, escritor, pero principalmente como pintor, Matisse es reconocido ampliamente, junto a Pablo Picasso como uno de los grandes artistas del Siglo XX.

Dos cuadros “abiertos”

José de Jesús Medina

REPOSABA por el lado izquierdo, en una incómoda posición fetal insoportable para dormir. El murmullo incesante del “cucú-cucú” de una paloma despertó mi sueño, con la humedad pegajosa de una piedra vestida de cuajarones rojos, asída la mano izquierda, donde escurría un aromático chocolate confundido con un acre intenso.

La puerta de la recámara, abierta de par en par, ofrecía el escenario de un muro tapizado de cuadros con paisajes de mar. Un espacio de no más de dos metros que a la vista cabía en el vano abierto.

En un cuadro, una gaviota con la cabeza destrozada, pintaba una roca que escurría sangre lenta. Alrededor, como avispero, revoloteaban hambrientas varias aves; se manchaban la testa y el pico, en el intento de apurar un bocado de intensa putridez.

Al impacto agresivo de una piedra, cae otra alada invasora. Contundente el golpe, machaca la cabeza y salpica de negro y rojo su pequeña masa de cerebro y ojos. Un breve hilo escurre, haciendo una madeja que humedece la piedra caída, al lado del cuerpo moribundo.

Me acomodo boca arriba y cambio el panorama al blanco de un techo nítido, con el rumor suave que da al ambiente un ventilador. Me adormilo de nuevo ante esta sensación y nuevas sombras llenan mi mente, hundiéndome en la zozobra del sueño.



Era una lucha desigual. Después de un largo beso, desbordado de pasión, la atacante deslizaba las manos hacia el cuello.

Apretaba el cuerpo de la otra ante una lluvia de estertores, cada vez más fuerte y pronto quedaba exangüe. Sin resistencia, las alas perdían fuerza, sometidas por la rigidez. Unos senos erectos hacían lucir el grácil cuerpo de paloma que cayó inerte, con los ojos desorbitados. Manaba de la boca la lividez de su lengua y, aquella que dominaba, apuraba su posesión mortuoria y asfixiante.

El cuadro derecho no era menos tético que el izquierdo, cuando intentaba despertar. Terminan de brotar –ya desorbitados– unos ojos languidecentes; unas cuencas rojas dejan chorrear negros lagrimones que desfiguran el maquillaje de la muerta.

Decidí entonces remontar el vuelo de la cama.

Canto del caracol

León Mendoza

Fantasean febriles voces de un laberinto inmemorial
Eterna romería

Tú cosechas adolescente angustia
Repara para un sudario trashumante de volcanes

Ella se fecunda con la pócima sagaz de santera maga
Abreva en la jicara de hechizo fértil y manso manantial
¿Cuántos soles le quedan a la rabia?
¿En qué código estampó sus llamas el horóscopo náhuatl?
Ella sólo borda oscuro insomnio en sus pupilas de tiempo



La Feria de Todos los Santos

Don Manuel Sánchez Silva

(25 de marzo de 1979)

SE RÍA en verdad difícil prueba para los investigadores históricos, verificar el origen de esta tradición colimense. Viejos relatos narrados por las extintas abuelas de los hombres que ahora peinan canas y son jefes de familia, hablaban de la Feria de Todos los Santos como la más popular de las fiestas de Colima. Don Miguel Miramón, el brillante general del Imperio de Maximiliano, que estuvo en Colima después de haber derrotado a don Santos Degollado en las barrancas de Atenquique, disfrutó de la alegría populachera de la Feria y recorrió el perímetro del ahora Jardín Núñez, luciendo sus mostachos agresivos, su porte marcial y sus espuelas de plata.

También lo hizo el general Pedro A. Galván, el fiel compañero de don Porfirio Díaz durante los días de incertidumbre, vagabundaje y conspiración del inquieto soldado oaxaqueño.

En aquel tiempo –segunda mitad del siglo pasado–, el Jardín Núñez era un parque umbrío por la abundancia de frondosos eucaliptos, almendros, guayabillos y naranjos permanentemente florecidos, y estaba circundado por una gran verja de hierro, de cuyos travesaños ataban sus cabalgaduras los rancheros que venían a la ciudad a comprar camisas chillantes, ceñidores de encendido rojo, huaraches “claveteados” con garbancillos, ungüento del soldado, bálsamo Fioraventi y el indispensable alfajor de coco...

Hasta hace 30 ó 35 años, la Feria de Todos los Santos era tan sólo una exposición de juguetería barata, manzanas de California, fruta pasada, mesilla humilde y farfándula trashumante, y los juegos mecánicos se limitaban a tres o cuatro “volantines” accionados a mano, y uno que otro “carrusel” movido por motor. Al extremo de los lados oriente y sur se instalaban las “canelas”, pequeños puestos en donde se agrupaban los proletarios a comprar por unos cuantos centavos un poco de olvido a sus pesares, buscándolo en el fondo de los recipientes de barro, rebosantes de infusión de canela con “pique”.

Al entrar al jardín, yendo por la calle Real –hoy Madero– se establecía tradicionalmente a mano derecha, el puesto de don Macario Hernández, “La Rana de Hojadelata”, que constituía un paraíso para los niños y una grave amenaza para el bolsillo de los papás.

Era don Macario un hombre bajo y grueso, que por lo corto de estatura y la prominencia del vientre, resultaba cilíndrico. Sobre un cuello de toro descansaba la cabeza grande y tosca, donde la expresión afable, predispuesta a la sonrisa, ennoblecía la fisonomía y hacía simpático el conjunto.

Fue, hasta la muerte, el mejor hojalatero de Colima y poseía una admirable facultad y raro ingenio para construir toda suerte de juguetes, hechos durante todo el año para exponerlos en la Feria. Colgados del techo, acomodados en la armazón o apilónados sobre el mostrador, aparecían trompos chilladores, silbatos de todos estilos, huijolas de agua, mariposas de policromadas alas que merced a un hábil mecanismo, las abrían y cerraban al rodarlas sobre el piso; trenes, iglesias, estrellas, sillas y, en fin, una gran variedad de habilidades ideadas para el deleite de la chiquillería.

Frente al templo de La Merced, en la diagonal que desemboca en el noreste del jardín, se instalaba el puesto de caridad, atendido por las más incompetadas señoras y las más distinguidas damitas, y era un signo de buen tono concurrir a él a cenar

La Feria de Todos los Santos, convertida de algunos años a esta parte en ese puré de palabras que más bien parece un trabalenguas: Feria Regional, Agrícola, Ganadera, Comercial e Industrial, ba ganado en bullicio, mecanismo y rendimiento económico, lo que ha perdido en tradición provincialiana e ingenua.



La Feria de Todos los Santos

Don Manuel Sánchez Silva

(25 de marzo de 1979)



Fiesta, Claudette Beal.

pechugas de pollo almendradas, enchiladas de picadillo y sopitos fragantes, entre sorbo y sorbo de tuba compuesta, mientras los maniceros entonaban su pregón: “Al ruido de uña” ... y de lejos venía el típico rumor de la feria, formado de gritos de vendedores, “huacos” de borrachos, rasgueo de guitarras, mariacheros y voces nostálgicas de los cantadores, que con el sombrero “arriscado” y el zatape al hombro, musicaban la historia de una mujer ingrata.

A fines de los años veinte se introdujeron los juegos mecánicos y la Feria empezó a adquirir mayor importancia comercial. Se pusieron de moda las terrazas centrales, donde la “gente bien” asistía para ver y ser vista, los graves señores jugaban al mundanismo pidiendo “whisky and soda”. Los jóvenes de ambos sexos se deshidrataban bailando y la reina de la Feria estereotipaba la sonrisa para disimular los bostezos del cansancio y del insomnio.

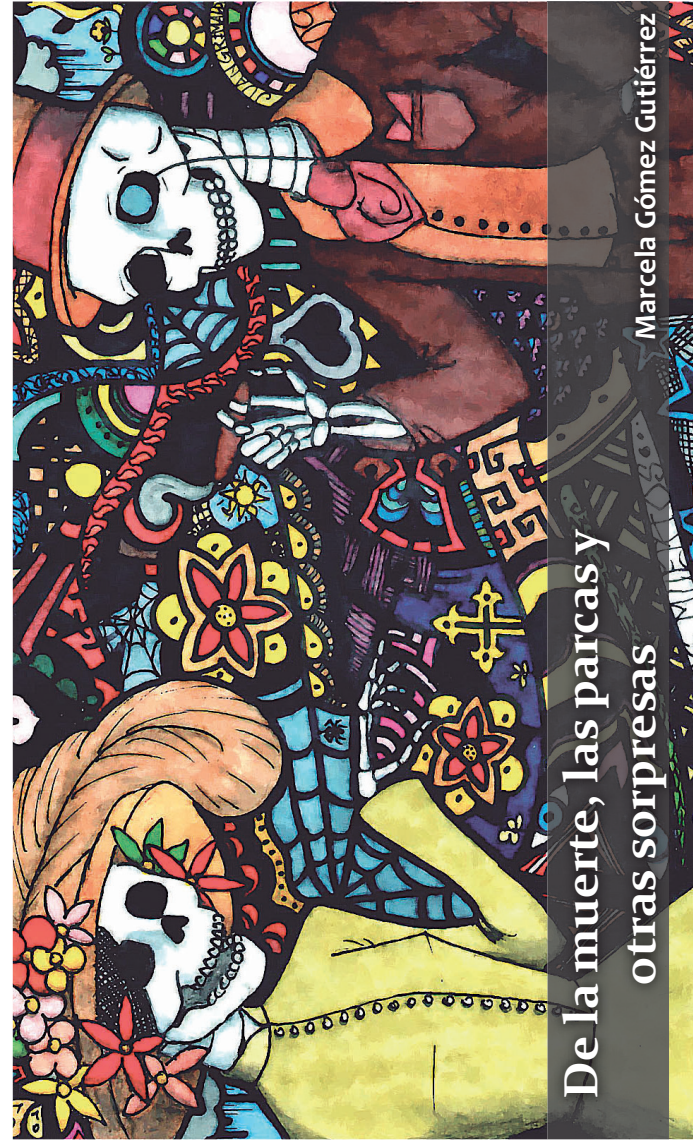
La Feria de Todos los Santos, convertida de algunos años a esta parte en ese puré de palabras que más bien parece un trabalenguas: Feria Regional, Agrícola, Ganadera, Comercial e Industrial, ha ganado en bullicio, mecanismo y rendimiento económico, lo que ha perdido en tradición provincialiana e ingenua. Ha evolucionado, y el atuendo lugareño de blusa escotada, amplias enaguas, rebozo de bolita y bajos de charrol, ha sido desplazado por el atavío de cliché “made in USA”.

A pesar de todo, la Feria de Todos los Santos, maquillada, un tanto desnaturalizada y distinta, sigue siendo “nuestra Feria”: la más bella de las fiestas de Colima. La estridencia motorizada de las ruedas de la fortuna, del “látigo” y los aviones locos, ha descartado a las antiguas caneleras, reemplazadas ahora por puestos de fritangas y cervezas, ubicados en las calles transversales donde todavía, como a escondidas, subsiste una que otra mesa junto al fogón tradicional, en que se calienta la olla de la tisana olorosa, siempre buscada por los hombres que tienen muchas tristezas y pocos billetes.

Y perdura aún, entre el confuso estruendo de las máquinas y emergiendo del vocerío desgañitado, el sonoro y antiguo reclamo: “¡Cañas, cañas y nobaratas!” ... “¡Alfajor de coco y piña para la niña!” ... “¡Éntrele al queso de tuna!” ...

Y mientras floten en ese ambiente estos pregones, subsistirá la Feria de Todos los Santos, esencia de tradiciones colimenses.

** Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima. †*



De la muerte, las parcas y otras sorpresas

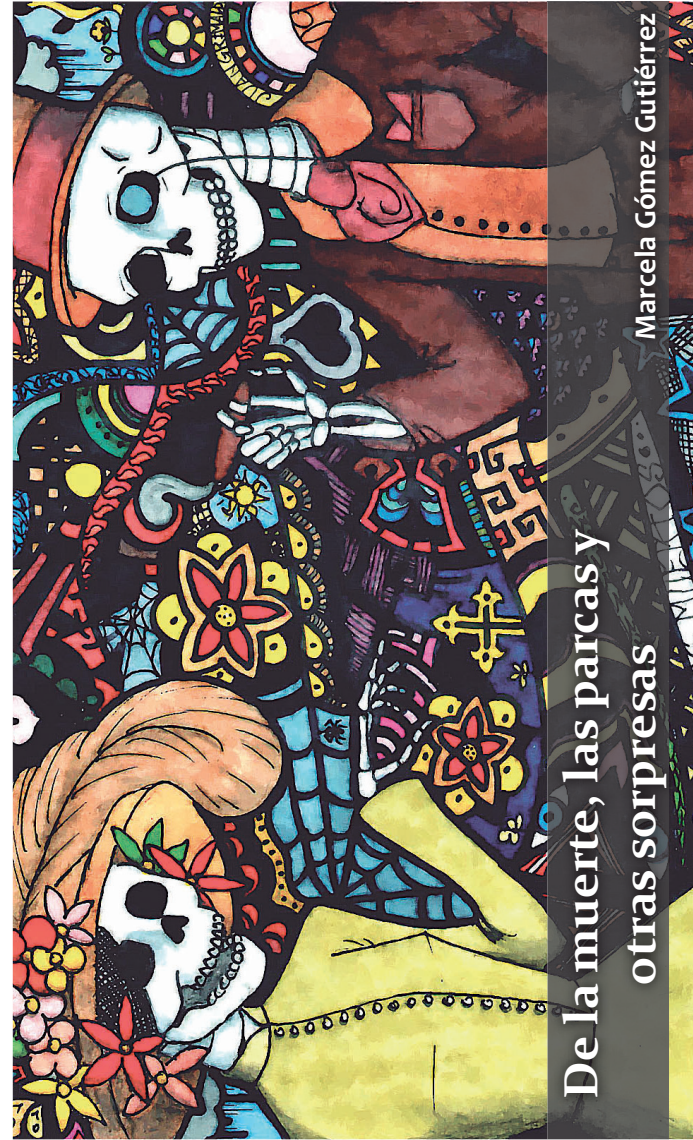
Marcela Gómez Gutiérrez

PARLANDO andaba la flaca con las parcas romanas isobre este mundo matraca que de la muerte nadie se escapa! La catrina glotona y traviesa, burlando la vida pístea y anda de fiesta en fiesta gozosa y sin reconocer fronteras, co-torreos con las Moiras, las Normas y las Parcas; ellas cantan, bailan y saltan con la más viva, respetable e irreverente de todas las almas huesudas: la calaca tilica y flaca, que es nuestra Catrina.

Nona, Décima y Morta son las parcas hermanas romanas que desde siempre hilan, tejen y cortan los hilos de los destinos y la vida toda; en esa imagen de brujeres costureras se encarna el arte de tejedoras-creadoras del vestido, las ropas y los harapos de la vida “destinada”, del tiempo entre costuras y remiendos del dolor, el despojo, la explotación y desprecio de los pueblos.

Ejemplo de ello es el origen de la producción de algodón y su relación directa con la historia del esclavismo, que es siml al de las fábricas de textiles e indumentarias a gran escala con la de las maquilas que, a su vez, se relacionan con las historias de abusos sexuales laborales y feminicidios, sin olvidarnos de la relación existente entre la moda con los procesos irreverentes de revoluciones y feminismos en el mundo y con ello reconociendo al ámbito de la indumentaria del vestido y calzado como parte fundamental de las identidades de las comunidades, grupos sociales, pueblos, naciones, culturas, religiones, doctrinas, escuelas y un largo etcétera, porque el mundo social es un mundo de cuerpos vestidos.

De cabo a rabo y de hueso a hueso los grabados de calacas o catrinas y las calaveritas de azúcar, de chocolate y amaranto, las de papel, las literarias en los periódicos y en los cuadernos escolares, representan un derroche expresivo en tanto a la explosión de los dolores y amores del sentipensar de la mexicanidad. Son gritos de gozo y rabia de nuestras contradicciones dialogando en un convite de vivos y muertos, de muertos muy vivos y de vivos que andan apenitas sollozando, o porque a algunos que se dan por muertos andaban de parranda, o porque vivos se los llevaron y vivos los queremos; entonces en nuestros días de muertos convertimos el territorio nacional en un escenario que va de lo lúgubre a lo colorido-exaltante: un altar de-por-para nuestras y nuestros muertos con



Marcela Gómez Gutiérrez

flores, papeles de colores, ofrendas, velas y exigencias, alimentos típicos del gusto de las finadas personas y bebidas espirituosas para compartir el recuerdo con las fotos de la familia-comunidad, la pérdida, la digna rabia, la alegre rebeldía, la algarabía del traer a nuestros muertos como un pretexto para coincidir alrededor de la hoguera y tejernos al tejer nuestras historias, tratando cada año de encontrar un sentido a la vida-existencia de la muerte-vida-muerte.

Nuestra parca, calaca, tilica y flaca es una catrina que se pasea burlona, rabiosa, llorona y glotona por el camposanto, en los altares de las casas, las calles y en los barrios, en las plazas populares y jardines libertarios, en las revistas y en los periódicos. Ella es signo, es significativo y signifiicante de nuestra cultura; ella es todas nosotras mujeres de alma mexicana -porque como dice Chabela Vargas: las mexicanas nacemos en donde se nos da la chin... gana-.

Podemos encarnar a la catrina que queremos, su indumentaria varía, según los deseos expresivos del alma mexicana que le da vida, y en ese performans [propuesta: “y en esa escena, montaje o teatralidad”] nos convertimos en un espejo complejo y diverso de identidad nacional, de contrastes, de color-sombra, de rebeldía-revelación, de alarido sordo, del lenguaje silencioso de un grito, de la expresión de los secretos de los difuntos y los vivos, de la burla sobre las miserias de la vida-realidad, del reclamo y la protesta frente al racismo, al desempleo, al despojo, a la violencia y a la muerte toda que el sistema impone ¡catrinas-calaveras somos el espejo en el que las ánimas ven su reflejo!

Preguntádera colectiva [pensarla a tres voces o seis manos]: ¿Qué está atrás (lo no obvio) de la máscara del folclor y los concursos que se derivan de los rituales de la muerte, los altares y las catrinas? ¿Cuáles interrogantes intentaron ser respondidas por este ritual? ¿Para qué y por qué abrir un puente que conecte la muerte con la vida? ¿La elaboración del altar y lo que implica el ritual de día de muertos, podría ser parte de la reconciliación interna de la pérdida o un acto psicoonámico cultural-colectivo para trabajar los duelos? ¿Por qué lo gozoso de nuestra identidad cultural en este ritual, está dando paso a caracterizaciones de monstruos, de horror y miedo también? ¿Cómo me sitúo en este sincretismo sin cesar sobre la muerte y otros misterios?

El perifonista

Alberto Llanes

Para Óscar Chapula, el Chapulowsky.

L perifonista pregonaba a diario por las calles de la ciudad la propaganda de promoción de una conocida zapatería de la región.

El perifonista odiaba su trabajo porque oía la leyenda una y otra y mil veces por mes, por semana, por día, por hora, por minuto, por segundo.

Cierto día, el perifonista no aguantó más, una diabólica acción se enmaranó en su ya de por sí trastornado cerebro, y preparó todo para darle una sorpresa a la ciudadanía.

Al día siguiente salió como siempre, en su vehículo hecho de tubos y un motor montado. Encendió la marcha y lo condujo dirigiéndolo al corazón de la ciudad, donde la gente se reúne en masas, donde los transeúntes no dejan de circular durante todo el día y desde muy temprano.

El perifonista, en el centro de la ciudad, encendió el aparato de perifoneo, prendió también el alta voz, y puso el *cassette* de ciento veinte minutos en su reproductor de cintas magnéticas, después subió a todo el volumen del aparato y empezó su ronda por la ciudad.

Dio dos o tres vueltas por ahí, sabía que la cinta no iba ni a la mitad cuando paró repentinamente el vehículo en un lugar que estaba escaso de transeúntes, se dirigió a la cajuela o lo que hacía de ella en ese vehículo de tubos y, envuelta en una sábana, sacó una metralleta de largo alcance y doble cañón, con casi quince disparos por segundo o algo así, ideal para matar zombies. Sacó también varios cartuchos utilizables para dicha arma.

Entonces, el perifonista regresó a sentarse ante el volante del automotor, encendió la marcha, y volvió a dar *play* a la promoción del perifoneo y dirigió el auto de tubos otra vez por la calle principal.

La promoción de perifoneo empezó por milésima vez con su diálogo que decía: “Hoy la zapatería de la ciudad remata, remata, remata y remata todo”.

Y eso fue precisamente lo que el perifonista hizo con la metralleta de largo alcance, doble cañón y casi quince disparos por segundo e ideal para matar zombies. Matar y rematar a la gente.

La maldición

Tenía la maldición de la muerte; la llevaba consigo. Se dedicó a la literatura y era un buen escritor y también un buen lector.

Esto último se convirtió en su maldición o, mejor dicho, en la maldición de otros como él; autor que leía y que todavía estaba vivo, autor que al mes, dos meses, inesperadamente moría. Se desató entonces una reacción en cadena en la que creyó que él influía en la muerte de todos esos escritores famosos.

Un día relejó un texto suyo y pasó lo que tenía que pasar...



Montmartre in the Rain, Pierre Bonnard.